

Decir «sí» al Señor. Testimonio de una catequista y acompañante de catecúmenos

M. A. A.

El «sí» de Mario, el entusiasmo de Leo, el deseo de Ana, la obediencia de Rafa y la confianza de Mercedes, una cascada de «síes» que trasforman la vida.

Cinco personas que se convierten en peregrinos y hermanos y se ponen en camino en busca de la misericordia de Dios.



No puedo dejar pasar este momento. Mi corazón desborda de alegría al descubrir las maravillas que Dios, nuestro Padre, desea mostrar al mundo.

Todo empezó a mediados del mes de octubre. Un joven conquense, Mario, acompañado por su novia, pide el bautismo. Seguidamente comenzó el camino precatecumenal. El 13 de diciembre de 2015 se celebraba el Rito de admisión en la parroquia de San Fernando. Toda la comunidad parroquial fue testigo de aquel «Sí, quiero» que permitió que Mario fuera abrazado por la Iglesia universal. Abrazo de madre, abrazo multitudinario de muchas personas que no le conocían, pero que después de esa celebración lo sintieron hermano, que él pertenecía a la misma gran familia, que somos hijos de un mismo Padre... Un día memorable, grande, que conmovió el corazón de todos los que estábamos presentes.

Allí, entre la multitud, estaban Ana y Leo. Una pareja joven, con un corazón en busca de eternidad y que nada de lo que allí vivieron cayó en el olvido, lejos de eso, se sintieron llamados a reactivar una fe debilitada por los avatares de la vida y una oportunidad para conquistar la dignidad de hijos de Dios que Leo no tiene y que Ana desea redescubrir.



Pronto será Navidad. El 24 de diciembre, reciben en su casa la visita del párroco del pueblo que les regala una oración para la bendición de la cena. El Señor no se cansa de llamar, lo intenta una vez más, la presencia del sacerdote se convierte en las manos amorosas del Padre que ha estado esperando el retorno de su hijo y le invita a permanecer junto a Él. Ana, con ese deseo impetuoso que, en ocasiones, brota del alma, empuja a Leo a que revele el sueño escondido y silencioso, que guardaba en su corazón, su intención de bautizarse. Nochebuena. Noche llena de paz, alegría y amor, mucho amor. El Niño Dios, pequeño y frágil, ha conquistado el corazón de Ana y Leo. Comienza así un camino de conversión.

Una llamada de teléfono, dos días después, irrumpe en la vida sencilla y obediente de Rafa. Su vida serena y entregada, dedicada a la oración, a la lectura y a la obediencia a la Iglesia se sobrealta ante una invitación: ser el padrino de bautismo de su compatriota Leo. ¡Aquí estoy! grita ese corazón que nunca perdió la esperanza. Seguir esta llamada comporta hacer cambios en su vida y, se lanza a la corriente que se ha originado con el «sí, quiero» de Mario, al que no conoce e ignora lo que, ese 13 de diciembre, ocurrió en la parroquia de San Fernando.

Pero, hacía falta un «sí, quiero» más para que Rafa pudiera hacer el suyo de manera plena. La mujer de Rafa no está bautizada, ellos no están casados, Rafa lleva anhelando mucho tiempo que su mujer participe de su fe y de su relación con Dios y Mercedes, para sorpresa de su marido y seguro que como respuesta a su oración confiada, se une, sin saberlo, a la cadena de «síos» y manifiesta su deseo de ser bautizada e iniciar el proceso catecumenal.

Hoy, 28 de febrero, la tierra se vistió de blanco como queriendo corresponder con lo que en aquel pueblecito, Palomera, se iba a celebrar. La parroquia de los Santos Justo y Pastor acogía a Leo en su seno con el primer paso, el Rito de Admisión. Una veintena de feligreses y unos

cuantos amigos adornaron, el pequeño y austero porche de la iglesia, con el color de la sencillez y el entusiasmo del que sabe que ha descubierto un gran tesoro. ¡Bienvenido Leo! nuestro Padre te espera, nuestra madre te abraza.



¡¡Gracias, Señor!!